

de las Sagradas Escrituras y han reconocido que los designios de Dios son buenos. Han sido librados de los lazos del pecado. Ya pueden andar en el camino de Dios que les da vida – vida abundante, vida eterna.

Al oír las palabras de Cristo en aquel entonces, algunos no creyeron. A los tales Él les dijo: “Y no queréis venir a mi para que tengáis vida” (Juan 5:40). Seguramente ellos malinterpretaron la intención del Salvador. Aunque ellos no eran burros, se comportaron como el burro de este relato. Hoy en día hay muchos que cometen semejante equivocación.

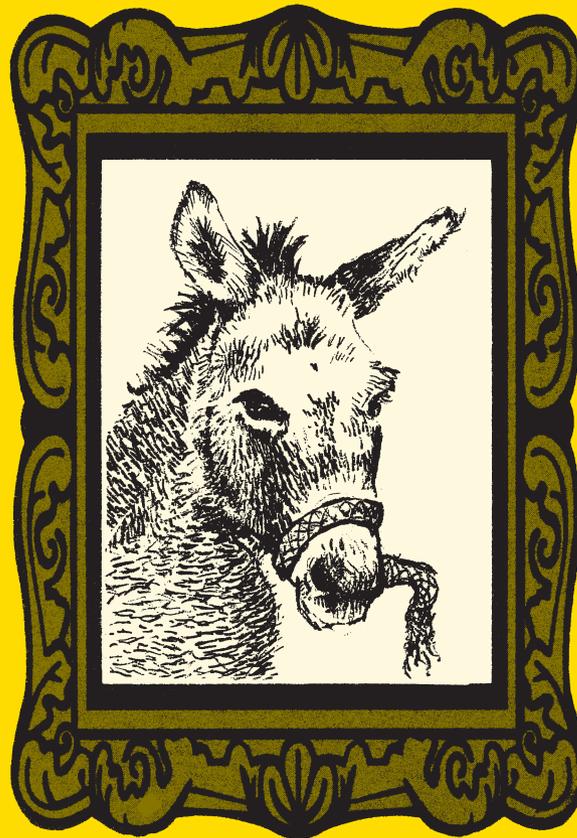
Dios nos desafía: “os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición: escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia, amando a Jehová tu Dios, atendiendo a su voz, y siguiéndole a él; porque él es vida para ti” (Deuteronomio 30:19, 20).

Lo que usted debe hacer según las Escrituras

Creer	Juan 6:29
Confesar	Mateo 10:32
Arrepentirse	Hechos 3:19
Bautizarse	1 Pedro 3:21
Andar en la luz	1 Juan 1:7
Ser fiel	Apocalipsis 2:10
Hacer discípulos	Mateo 28:19

Los encarcelados pueden escribir a la dirección de abajo para conseguir cursos bíblicos gratuitos en español:

ARM PRISON OUTREACH INTERNATIONAL
P. O. Box 1490
Joplin, Missouri 64802-1490
Telf. (417) 781-9100 Fax: (417) 781-9532
E-mail: info@arm.org Web: www.arm.org



¿Por qué murió el burro?

Una vez yo viajaba por el campo cuando vi un burro parado cerca de la carretera. Estaba flaquísimo y pensé que seguramente estaba enfermo.

Cuando me acerque a él, vi algo que me llenó de tristeza. Su dueño le había amarrado la boca de aquel animal para que no comiera el alfalfa de su prado mientras trabajaba en él y luego se olvidó de quitarle la soga. ¡Probablemente hacia varios días que el pobre animal no podía ni comer ni tomar agua!

Paré el auto, me bajé y caminé hacia el triste burro. Mi intención era quitarle la soga y librarle de la muerte. Pero al acercarme a él, de repente empezó a correr, levantando una gran nube de polvo. No me dejó ni siquiera tocarlo, mucho menos quitarle la soga.

Con tristeza, regresé al auto. Dos semanas después pasé por el mismo campo. Esa vez encontré el cadáver del burro. La soga, teñida de sangre, aún le tenía la boca cerrada.

Aquella experiencia me hizo reflexionar. Me preguntaba a mí mismo: ¿POR QUÉ MURIÓ EL BURRO? En seguida pensé: Porque su dueño le dejó con la boca amarrada. Esta respuesta era cierta, pero no me quedé satisfecho con ella. Lo cierto es que el burro tuvo la oportunidad de evitar la muerte. Yo podía y quería librarlo.

Otra vez me pregunté: ¿POR QUÉ MURIÓ EL BURRO? La segunda respuesta era más precisa. El burro murió por no interpretar bien la intención mía. Él

pensaba que yo le iba a hacer algún daño, y desgraciadamente, su equivocación le costó la vida.

El burro rechazó la oferta mía y murió. Si el burro hubiera comprendido el gran deseo mío, quizás hubiera aceptado mi oferta de librarlo. Yo pensaba: ¡Pobre burro! ¡Qué lástima que no comprendiera mi intención, pero al fin y al cabo, era burro, incapaz de razonar!

Muy a menudo viene a mi mente lo de aquel burro. Igual equivocación e incredulidad se ve hoy en día por todos lados, sobre todo en lo espiritual. El deseo de Dios hacia nosotros es muy fácil de comprender: En primer lugar, Su Palabra nos dice claramente que "Él no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (2 Pedro 3:9) y que "Él quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad" (1 Timoteo 2:4).

Se comprende que Dios quiere salvar a todos los pecadores. La mayoría de la gente ha oído que Cristo murió por nosotros en una cruz pero es muy probable que ignoran los textos de la Palabra de Dios tales como 1 Corintios 15:3: "Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras", o que en Cristo "tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados por las riquezas de su gracia" (Efesios 1:7).

Las Escrituras dicen que "aunque (Cristo) era Hijo, por lo que padeció, aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen (Hebreos 5:8, 9).

Miles de pecadores han creído en estas promesas